

Junio y Constanza o la premonición de una noche de verano

Jiménez Brito, Javier

1991

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4285>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

CAJA DE PANDORA

JUNIO Y CONSTANZA O LA PREMONICIÓN DE UNA NOCHE DE VERANO

F. JAVIER JIMÉNEZ BRITO *

*De toda la memoria sólo vale el don pre-
claro de evocar los sueños.*

ANTONIO MACHADO

Un hombre y una mujer representaban una tarde veraniega su primer contacto con el amor, frente a un mar de margaritas de un lago artificial. La ausencia de hijos, el pensamiento libre y tal vez la mecedora de su vasto jardín suscitaron un encuentro real, además de un reconocimiento de sí mismos y la conciencia de ser otros, en una confusión que tocaba la duda.

Había en el aire una fragancia y humedad que herían la memoria del deseo y el encantamiento original, hasta el punto de levantar en sus corazones nostalgia y desolación.

Sin pensarlo se besaron como la primera vez y una lluvia dócil entreverando la noche remojó sus cuerpos y precipitó vehementes caricias.

La media luna y algunas estrellas que irrumpieron sobre el firmamento, aludían a un cuento del Oriente en mágica composición. Cuando Junio advirtió esos astros dijo a Constanza que su amor por ella nació con un desdén de sus ojos, los cuales mediante un acto de iniciación crearon sobre su línea imaginaria un territorio de anhelos.

* Estudió Ciencias de la Comunicación; Universidad Iberoamericana, México, D. F.

“Cuando tus ojos —continuó Junio— regresaron de ese viaje milenario y se volvieron para mirarme, se cumplió el hechizo: entré por ti al estado de alma que ordena y embellece todo. Ahí mismo, desde ese páramo incierto tu voz de cristal y su descenso oleado entraron en la caja de Pandora de mis sentidos esparciendo un canto que no ha cesado. Bajo ese trance perdí el tiempo y viví la ilusión de que todo el cielo eran tu cara y tus claros cabellos en hermosa trama.”

Constanza alisó su cabellera y se recreó en la urdimbre de su propio misterio y en el de su condición de ser cortejada. Abrió las comisuras de su boca y declaró a Junio que, en el principio, todo fue extender sus alas femeninas para engarzar halagos de un hombre que juzgaba de primera instancia interesante, pero nada más; ella era lo primero y después ella y su loca vanidad.

“Lo que sucedió —manifestó Constanza entusiasmada, como si acabara de percibirlo— fue que mi arrogancia nubló la premonición del afecto que tejías dentro de mí. Muy pronto tuve miedo y placer de amarte y reprimía con todas mis fuerzas confesártelo; pero mi vanidad se hizo grandeza y seguridad que mostraba cuando era necesario y cuando no lo era. Desde entonces, aun sin tú saberlo, te pertenecía.”

Se acariciaban en un adagio de amor nuevo mientras se acercaba Pedro, el mayordomo. Después de interrumpirlos oportunamente con sus pisadas sobre el humedecido prado del jardín, los levantó acomodándolos en cada uno de sus robustos brazos y, por petición de Constanza, los trasladó a la Alcoba Roja, pletórica de arcones y espejos, trajes satinados, máscaras y pelucas, cajas de música antigua, cientos de miniaturas formadas rigurosamente dentro de impeccables vitrinas y, en el fondo, una cuna nupcial en la que Junio y Constanza soñarían con esa noche de verano.

Al día siguiente Pedro retiró los restos blandos y la viruta metálica de ambos personajes, no sin antes invocar una sonrisa y guardarse el corazón aún vivo de Constanza.